

Francisco
Díaz
Valladares

Dibujos de
Laia Ferraté

¡¡¡Guilleee!!!





1

Gusanos para pescar

—¡¡¡Guilleeeeeee!!!

El grito llegó desde la cocina. Esperó unos segundos. Atento, sin mover un solo músculo.

—¡Guilleeeee!

Aquello iba en serio. Por el tono y la insistencia, algo gordo se acercaba.

Con la velocidad del rayo, dejó la *tablet* y salió como una flecha para el cuarto de baño mientras se desabrochaba a toda velocidad los botones del pantalón. Aquel era un lugar sagra-

do, «el templo de lo escatológico», decía siempre el abuelo.

¿Qué significaría aquella palabra tan rara?

Qué más daba lo que significara. Si el váter era un templo, nadie entraría a castigarlo en un lugar sagrado. Por eso, cuando se veía venir la consabida bronca, corría hacia allí.

–¡¿Dónde estáááá?!

–En el váter haciendo caca –respondió con voz atenuada.

Su madre entró como un torbellino con el brazo derecho estirado. Llevaba guantes de goma y le mostraba con gesto crispado un tarro de cristal.

–¡¿Qué es esto?! –preguntó alterada.

–No sé. –Se encogió de hombros, ladeó la cabeza y frunció los morros.

–¡Cómo que no sabes! ¿Quién ha metido esto en el frigo?

Guille la observó un instante desde abajo: seguía con el ceño fruncido y los labios apreta-



dos. No le quedaba más remedio que contarle la verdad o sería capaz de saltarse las «reglas» y dejarlo sin jugar a la Play.

–Lo he metido yo –empezó diciendo casi en un susurro y, enseguida, levantó la voz en tono de excusa–, pero..., pero ha sido el abuelo el que me ha dicho que lo pusiera en el frigo.

–¿El abuelo...? ¿El abuelo te ha dicho que metas este tarro lleno de gusanos en el frigo?! ¿Estás seguro?

Guille volvió a estudiar la situación. Había cerrado la boca y empezaba a resoplar por la nariz.

La bronca continuaría. ¡Madre mía!

–Bu... bu... bueno –tartamudeó mientras elaboraba una estrategia convincente–, el abuelo me ha dicho..., ¡ummm!, que... las lombrices para pescar... duran más en los sitios fríos, y yo...

–¡¡¡Aaah!!! –interrumpió su madre–. ¡El tarro se ha volcado y tenemos todo el frigo lleno de estos asquerosos gusanos! ¡Me tienes hasta la

coronilla! No hay otro niño en Moguer o en la provincia de Huelva que cometa más diabluras que tú.

¡Ufff! El asunto no pintaba bien. Adiós a la videoconsola para el fin de semana.

Nueva táctica.

–Mamá, me duele mucho la barriga. Me... me ha sentado mal algo que...

–¡Guille, que ya nos conocemos! ¡Déjate de tonterías!

No había funcionado. A ver esta:

–Mamá, perdón, de verdad, yo no sabía...

Puchero y llanto.

Su madre lo observó unos instantes. Apenas tocaba el suelo con la puntera de los zapatos. Pantalones enrollados en los tobillos, brazos cruzados sobre las piernas y ojos arrobados, con gesto de mártir a punto de partir hacia los cielos. El niño más travieso de la tierra, pero le tenía robado el corazón. Aquella cara redonda de ojos negros y sonrisa pícaro conseguía seducirla siempre.

–Anda, levántate de ahí, que voy a poner la cena.

–Pero si aún no he termi...

–Guilleee... Venga, sal de aquí; no seas trasto.

–Vale, vale. Ya voy, ya voy –asintió, y saltó de la taza. Luego salió del cuarto de baño subiéndose los pantalones.



2

Laurita y su abuelo

Raúl, el padre de Guille, entraba más tarde a trabajar y era el encargado de preparar el desayuno y llevarlo en coche hasta el colegio. Al día siguiente, durante el trayecto, Raúl le echó un vistazo por el espejo retrovisor y le preguntó:

–Guille, ¿qué le hiciste anoche a tu madre para tenerla tan enfadada?

Guille se encogió de hombros y respondió:

–Nada, papá. Se enfadó porque metí un bote con gusanos en el frigo.

—¿Y te pareció mal que se enfadara?

—Claro.

—¿Cómo que claro? El frigorífico es para conservar los alimentos, la comida...

—Los gusanos también se comen.

—Pero ¿de dónde has sacado...?

—Lo he visto en la tele —interrumpió a su padre mientras daba un tirón del cinturón de seguridad y echaba el cuerpo hacia delante—. Frank de la Jungla se comió unos gusanos. Lo que pasa es que mamá se queja por todo.

—Pero bueno..., ¡¿cómo puedes hablar así de tu madre?!

—Eso es lo que le dices tú todos los días.

Raúl se estiró en el asiento para mirarlo por el retrovisor con gesto de haberse atragantado con un hueso de aceituna. Resopló.

—Guille, un día de estos tenemos que hablar en serio tú y yo. Esto cada vez va a peor. La semana pasada ataste a tu hermano con una cuerda a una silla...

—¡Estábamos jugando a Spiderman! Él era el Doctor Octopus y yo le lancé mis telas de araña y...

—Pero ¿no te das cuenta de que casi lo ahogas?!

—El enano se queja por todo.

—¡Pero, Guille! —gritó el padre un poco crispado.

—Es verdad. Se pasa el día llorando y haciendo caca.

—¡Tiene solo un año y medio! No es un muñeco con el que puedas jugar.

—Siempre soy yo el malo —respondió apenado—. Hasta cuando eructo me regañáis.

La inflexión descendente en la voz de Guille, a pesar de conocer la artimaña muy bien, acabó por conmover a su padre, quien cambió la suya.

—Porque es una falta de educación.

—Pero al enano le dais golpecitos en la espalda para que eructe, y cuando lo hace o se tira un pedo, todo el mundo se ríe.

Raúl apretó los labios y tragó saliva para evitar soltar una carcajada hasta que consiguió reponerse y retomar la conversación:

–No solo es con tu hermano. La semana pasada tiraste a Toby por el tobogán gigante del parque.

–Mamá me pidió que jugara con él.

–¿Y cuando lo lanzaste del primer piso con un plástico atado al lomo a modo de paracaídas? Menos mal que aterrizó sobre el seto; si no, se hubiera estrellado contra el suelo. Tienes que cambiar. Ya no eres un bebé. Acabas de cumplir ocho años y...

–¡¡¡Para, papá, por favor, para, para!!! –gritó con ímpetu Guille.

Raúl pisó el freno con todas sus fuerzas y el todoterreno se detuvo casi en seco.

–¡¿Qué, qué demonios pasa?! –Raúl, asustado, soltó su cinturón de seguridad y se giró con rapidez hacia su hijo.

–¡Mira, es Laurita! Va con su abuelo –señaló Guille.

Raúl desvió rápido la vista. En la acera opuesta, un anciano encorvado llevaba de la mano a una niña con coletas, falda plisada de cuadros y jersey azul marino.

–Pero..., pero... –tartamudeó el padre, alterado—. ¿Me has hecho dar un frenazo, que casi nos matamos, para decirme que por la acera va tu amiga Laurita con su abuelo?

–Tenemos que llevarlos. El abuelo de Laurita está enfermo. Tiene «juanitos».

–Pero, Guillermo, ¡tú estás loco! Casi todas las personas mayores arrastran los pies. Además, no son «juanitos», son juanetes.

–Laurita me ha dicho que, como su madre también entra a trabajar muy temprano, su abuelo tiene que llevarla al cole y, además, el señor Rogelio es amigo del abuelo...

Raúl lo observaba extasiado. Guille en estado puro. Manolito Gafotas, Zipi y Zape, Gigante, el amigo de Nobita, o Darth Vader se convertían en Teresa de Calcuta a su lado. Pero también tenía

una parte humana importante. Resopló recordando el día en que se empeñó en dar cobijo en el garaje a un pedigüeno. O cuando apareció con un perro callejero en brazos, que había sido atropellado: «Papá, hay que llevarlo al veterinario, deprisa. Lo ha pillado un coche y lo ha dejado abandonado en la acera». La operación del perro, al que luego llamaron Toby, le costó un dineral, pero el perro se salvó y ahora era la mascota de la familia. ¡Cuántas diabluras había cometido!

–Buenos días, Raúl –saludó el anciano devolviéndolo a la realidad. Guille ya había llamado a Laurita y a su abuelo y se disponían a entrar en el vehículo.

–Bue... buenos días, Rogelio. –El anciano, delgado y alto, se sentaba con dificultad, frunciendo el ceño en cada movimiento. Sin embargo, la niña se había situado de un salto al lado de Guille.

Laurita y su hijo se llevaban bastante bien. A pesar de ser muy distintos, no podían vivir el

uno sin el otro. Laurita era tímida y vergonzosa, rubia, con una carita angelical de ojos azules y los cabellos sujetos en dos coletas a los lados. Casi siempre se dejaba arrastrar por las travesuras de Guille, aunque a veces le paraba los pies.